

de Cuenca, en cambio, sobre no ser apenas dueños del territorio que materialmente ocupaban, las Andalucías suministraban en abundancia milicias y recursos al rey don Felipe, Madrid le enviaba artillería y dinero, los pueblos leales del obispado de Tarazona contenían a los aragoneses, la Mancha y Toledo se alzaban casi en masa, de Castilla y León se habían juntado ocho mil hombres que dirigía el teniente general don Antonio de la Vega y Acebedo, Salamanca arrojaba la guarnición portuguesa que había quedado presidiéndola; así todo. De forma que el ejército del archiduque y de los aliados se encontraba en el centro de Castilla, país que le era enemigo, sin viveres, acosado por todas partes, cortado el camino de la corte, é incomunicado con Portugal y con los tres reinos de Valencia, Aragón y Cataluña que le eran adictos.

En tal situación, contra el dictamen del marqués de las Minas, que hubiera querido y propuso la retirada á Portugal, acordaron el archiduque y los ingleses, holandeses y valencianos retroceder á Valencia; en cuya virtud pasaron la noche del 7 de setiembre (1706) trabajosamente el Tajo. Tan pronto como esto se supo, marchó en pos de ellos el ejército real, picándose la retaguardia hasta Uclés, donde se detuvo el rey don Felipe (14 de setiembre) para volver á Madrid, y disponer también la vuelta de la reina y los Consejos. Aunque de nuestro ejército se desmembraron muchas fuerzas, ya para escoltar al rey, ya para alentar y dar calor á las milicias de Tarazona, Borja y Tudela, ya para socorrer á los de Murcia, ya para cubrir las fronteras de Castilla, y ya también para recobrar á Cuenca que quedaba cortada, como en efecto se recuperó el 8 de octubre (1), todavía fué bastante para perseguir al enemigo hasta mas allá del Júcar. Atribuyése por algunos á aviso secreto dado por el duque de Berwick el no haber cortado y hecho prisioneros á diez mil ingleses que quedaban en Villanueva de la Jara, y así hubieron de dejar las tiendas, el tren del hospital con muchos heridos y enfermos, y todo cuanto podía embarazarlos; y tanto corrió nuestra caballería, y tanta fué la confusión y aturdimiento del enemigo, que para salvarse el archiduque tuvo que correr á toda brida con un piquete toda una tarde y noche hasta llegar al Campillo de Altobuey.

Precipitando los unos su retirada, yéndoles los otros al alcance siempre; dejando aquellos á cada paso artillería y municiones, prisioneros y equipajes, uniéndose á estos milicias y paisanos en los pueblos del tránsito; el archiduque y los suyos no pararon hasta internarse en el reino de Valencia; el mariscal de Berwick con los nuestros, marchando por Albacete, Chinchilla y Almansa, y prosiguiendo por Caudete á Villena, Elda y Novelda, cayó sobre la gran villa de Elche, que tenían sitiada los murcianos despues de haber libertado á Murcia y entrado por asalto y saqueo á Orihuela. A la vista del ejército de Berwick se rindieron los de Elche, quedando prisioneros de guerra setecientos ingleses y trescientos valencianos, con ciento cincuenta caballos, siendo tanto el trigo y cebada, aceite, jabon, mulas y otras provisiones y efectos que allí se encontraron, que hubo para mantener y surtir el ejército por cuatro meses. Allí recibió el obispo de Murcia el título de virey de Valencia. Una parte de nuestras tropas pasó á recobrar á Cartagena, que se entregó á los cinco días: halláronse en la plaza setenta y cinco piezas de bronce, una de ellas de extraordinaria magnitud, notable además por haberse cogido en la memorable batalla de Lepanto. Quedó por gobernador de Cartagena el mariscal de campo don Gabriel

(1) A esto fué destinado el teniente general don Gabriel de Hessa, con una brigada de infantería, dos regimientos de dragones, doscientos caballos, veinticinco compañías de granaderos y tres piezas. A los ocho días de sitiada y atacada la ciudad se rindieron quedando prisioneros de guerra los enemigos, que eran, un general de batalla, un brigadier, dos coroneles, tres tenientes coroneles, cinco sargentos mayores, nueve ayudantes, veinticinco capitanes, veintiseis tenientes, cuarenta y un alféreces, sesenta y dos sargentos, dos mil soldados, con tres piezas de artillería. Los irlandeses que entre ellos había se refugiaron á la catedral, de donde salieron con la divisa de España pidiendo servir en nuestras tropas, lo que se les concedió por ser buenos católicos. Fué notable el rasgo patriótico de un vecino de Cuenca, que viendo que su casa era la que impedía á nuestras tropas la entrada, se salió de ella con toda su familia, y la pegó fuego por sus cuatro ángulos; en efecto entraron luego las tropas por allí, y se siguió la rendición.

Mahoni, á quien además hizo merced el rey de título de conde. Con esto, avanzada ya la estación, tomaron nuestras tropas cuarteles de invierno en aquellas fronteras.

Durante los sucesos de Castilla la Nueva que acabamos de referir, habíase perdido la plaza de Alicante que tanto se había distinguido por su fidelidad, entrando en ella los holandeses é ingleses (8 de agosto, 1706), y cometiendo grandes excesos y ultrajes en los habitantes y profanaciones escandalosas en los templos, no pudiendo hasta el 4 de setiembre rendir el castillo que defendía el mismo Mahoni que ahora recobró á Cartagena (2). Así los enemigos invernaron en Alicante y en lo interior del reino de Valencia. Las tropas del rey tenían desde Orihuela hasta las puertas de Alicante, y desde Jijona y Elche y Hoya de Castalla, hasta Elda, Novelda y Salinas, corriendo la línea á Villena, Fuente de la Higuera y Almansa.

Calcúlase en doce mil hombres el número de prisioneros que se hicieron á los ejércitos del archiduque, sin contar los oficiales, desde el campo de Jdraque hasta la toma de Elche. Y al modo que desde las fronteras de Portugal hasta Madrid había venido el marqués de las Minas, acosando constantemente al duque de Berwick, en términos que solía decir el general portugués con cierto donaire, que llevaba al duque de Berwick de *aposentador*, así en la retirada á Valencia pudo decir el de Berwick que llevaba de *aposentador* al marqués de las Minas.

Al terminar esta campaña la situación había cambiado de todo punto. En la primavera todo parecía perdido para Felipe V de Borbon, en el otoño parecía que todo iba á perderse para el archiduque Carlos de Austria. Debíose este resultado, mas á la decisión y á los sacrificios de las provincias que á la habilidad y á los esfuerzos de los generales. Vizcaya hizo donativos y cuidó de la defensa de sus puertos. Galicia, además de cubrir sus fronteras y sus costas, hizo diferentes entradas en Portugal. Extremadura hizo también invasiones ventajosas en aquel reino, y estuvo siempre en armas. León y Castilla la Vieja enviaron gran número de milicias, mantenidas y uniformadas á sus expensas. Sevilla suministró diez regimientos de infantería y cuatro de caballería, aprontó cincuenta cañones y socorrió á Ceuta. Córdoba y Jaén cubrieron los puertos de Sierra Morena, y dieron veinte mil hombres armados y vestidos. Málaga, con su obispo y su iglesia, Almería y Granada, todas aprontaron hombres y dinero. Murcia resistió admirablemente á los valencianos, y sus milicias no reposaron un momento. Madrid, Segovia, Toledo, Ciudad Real y la Mancha se puede decir que se alzaron en masa contra los ejércitos del archiduque. Rioja, Molina y Navarra, en union con Tarazona y Borja, contenían á los aragoneses. Los de Bearne contribuían á sostener la plaza de Jaca, y Rosas se mantenía firme aun despues de rebelarse toda Cataluña, mientras en ambas Castillas no había pueblo grande ni pequeño que no acudiera á la defensa de su patria y de su rey.

Esfuerzos dignos de particular elogio hicieron algunas poblaciones. Entre otras muchas se señaló la ciudad de Salamanca, no solo por el ímpetu con que sacudió el yugo de la guarnición portuguesa que á su paso para Madrid había dejado el marqués de las Minas, sino por la heroica defensa que hizo despues contra un cuerpo de ocho mil portugueses llevando por general á un hijo del marqués de las Minas (setiembre, 1706). Habíase quedado la ciudad sin un solo soldado; que aunque León y Castilla le enviaron ocho mil hombres de sus milicias, salió con ellos el general Vega y Acebedo, diciendo que iba á detener á los enemigos; y aunque luego reunió hasta catorce mil con la gente que del país se le incorporó, y con algunos regimientos que le envió el rey desde Cienpuzuelos, no se atrevió, ó no quiso ir al socorro de la ciudad, so pretexto de que era gente irregular é indisciplinada. Á pesar de todo la ciudad resolvió defenderse. El obispo, el cabildo catedral, el clero todo, todas las comunidades religiosas, el corregidor y ayuntamiento, todos los doctores y alum-

(2) El almirante inglés Lake, que tomó á Alicante, pasó desde allí con su armada á las Baleares, y rindió á Mallorca é Ibiza.

nos de la universidad, los de los colegios mayores, la nobleza, el pueblo entero, hasta las mujeres, todos sin distincion se armaron como pudieron, todos ofrecieron sus haciendas y sus vidas, todos ocuparon gustosos los puestos que les fueron señalados, todos los defendieron con admirable bizarría. Los portugueses tenían que ir conquistando convento por convento, colegio por colegio, casa por casa, hasta que se pidió capitulacion, y se obtuvo muy honrosa, obligándose la ciudad á pagar doscientos mil pesos. Aun de estos no llegó á entregarse sino una parte, ni los portugueses ocuparon la ciudad, porque con noticia que tuvieron ya entonces de la retirada del marqués de las Minas con el archiduque á Valencia, ellos también se retiraron á Ciudad-Rodrigo, contentándose con destruir las murallas y llevarse en rehenes al gobernador y corregidor, y otras personas notables y vecinos mas acomodados.

Mas no se crea por eso que esta decision y este entusiasmo eran exclusivamente propios de las poblaciones que se mantuvieron fieles á la causa de Felipe V. Con igual empeño y con igual ardor se conducian los que tomaron partido por Carlos de Austria, que fué una de las circunstancias mas notables de esta guerra. Ya hemos visto el frenesí con que se declaró Cataluña por el austriaco (1). Los aragoneses lo tomaron con el mismo calor; y solamente la ciudad de Zaragoza puso en armas cuarenta y seis compañías de infantería y diez y seis de caballería, además de trescientos voluntarios armados; y á este respecto las demás comunidades de Aragón y de Valencia que abrazaron aquel partido. Cada cual parecía haberse decidido por una de las causas con la mas sincera convicción y la mas fervorosa buena fe. Lo mismo acontecía con la clase de la nobleza, y lo propio con el clero. Si los clérigos, y las comunidades, y los obispos de Salamanca, de Murcia, de Málaga, de Calahorra y de otras ciudades y diócesis adictas á Felipe de Borbon tomaron la espada y pelearon como soldados aguerridos, obispos y clérigos acaudillaban las huestes que combatían por Carlos de Austria; y los monjes del monasterio de San Victorian en Aragón estuvieron sustentando á su costa todos los rebeldes mientras duró el sitio del castillo de Ainsa, y tuvieron expuestos al público los cuerpos de San Victorian, de San Gaudioso, de San Alvinio y San Nazario hasta que se rindió el castillo.

Así la lucha, especialmente en Aragón y Valencia, entre los pueblos que se mantuvieron ó se pronunciaron por uno de los dos partidos, era encarnizada y cruel, y las villas y lugares que mutuamente se tomaban eran sin piedad saqueadas y ferozmente dadas al incendio y al degüello; lucha en cuyos pormenores no nos es dado entrar, porque exigiria largos capítulos por sí sola, y pueden verse en las historias particulares de esta guerra.

(1) El espíritu de los catalanes y su delirio por Carlos de Austria y contra todo lo que fuese francés se manifestaba, no tanto por los hechos de armas y por la defensa de sus plazas y pueblos, como por sus escritos y publicaciones. Además de las muchas *Alegaciones en derecho* que en diversas formas y en variada extension dieron á luz sobre el que pretendía tener el archiduque á la corona de España y que corren todavía impresas, publicaron multitud de folletos, opúsculos y escritos sueltos en el mismo sentido, con lo cual mantenían vivo en el país el odio á Felipe de Anjou, Luis XIV y los franceses, y la adhesión á Carlos de Austria y los aliados. Por ejemplo: *Apologético de España contra la Francia:—La Francia con turbante:—CLARIN DE LA EUROPA: Hipocresía descifrada, España advertida, verdad declarada:—Verdad armada de razon:—Profecías de un ermitaño al duque de Anjou:—Clamores de Barcelona al tirá govern de Velasco:—Ejercicios poéticos á Carlos III y Cataluña:—Norabona á la Excelentísima ciutat de Barcelona:—Multitud de poesías, apologéticos, invectivas y oraciones á cada suceso adverso ó próspero:—Ellos escribieron y publicaron que durante el sitio de Barcelona habían visto á Santa Eulalia al lado del archiduque sin separarse un momento; que las religiosas capuchinas vieron en el cielo una cruz cuyo pié tocaba en la ciudad, con los brazos sobre el castillo de Monjuich; que en el campo enemigo habían hallado siete mil esposas de hierro con sus candados para ponerlas á los catalanes, y unos pinchos muy agudos para que despedazasen á los que arrimaran el cuerpo á ellas; que había un sinnúmero de cuerdas para ahorcar á las personas mayores, y de marcas de hierro para marcar en la cara á los niños que no pasaran de siete años: con otros no menos ridiculas fábulas é invenciones, propias para avivar el encono de los catalanes á los franceses y á todos los partidarios de Felipe V.*

Hemos referido los hechos principales de ella hasta fin del año 1706, en que se dieron algun reposo las armas, y época en que desembarazado ya de enemigos el interior de España pudo Felipe V restituirse con seguridad á la corte. Partió, en efecto, en esta direccion desde Uclés (17 de setiembre de 1706), y despues de pasar algunos días en Aranjuez, hizo su entrada en Madrid (10 de octubre), cruzando las calles para satisfacer el ansia que tenía de volver á verle este fidelísimo pueblo, y se aposentó en el Buen Retiro. De allí volvió á salir á la ligera para Segovia á recibir á la reina, cuyo regreso de Burgos á la corte en union con los Consejos se había dispuesto también. Reuniéronse SS. MM. en aquella ciudad con gran contento suyo y satisfaccion de los fieles segovianos, y juntos vinieron al monasterio del Escorial (25 de octubre). Al otro dia, desde las Rozas, camino de Madrid, enviaron á decir por medio del mayordomo mayor á las damas de honor y demás señoras de la cámara y servidumbre de la reina que no habían seguido á S. M. en su salida de la corte, que se retirasen á sus casas, porque las rentas de la corona no podían costear tan numeroso servicio en palacio, y todo se necesitaba para las urgencias de la guerra, sin perjuicio de quedar al cuidado de SS. MM. el dotarlas convenientemente para sus casamientos; pero en realidad no se ocultaba que con esta providencia quiso la reina mostrar que no había sido de su agrado el que no la hubieran seguido y acompañado en su ausencia y emigracion como las otras (2). Hecho lo cual, continuaron su viaje, viniendo á oír misa en el templo de Atocha (27 de octubre), donde se cantó el *Te Deum*, y fueron luego á palacio estando toda la carrera lujosamente adornada, en medio de los plácemes del pueblo, que con vivas y luminarias, y fuegos de artificios y otras fiestas demostró en aquellos días el júbilo de ver otra vez á sus amados reyes en la corte, ocupada algun tiempo por los enemigos (3).

(2) Por consecuencia no es exacto lo que afirma William Coxe cuando dice: «Ni una sola persona de la servidumbre de la reina abandonó á esta princesa.»—España bajo el reinado de la casa de Borbon, tom. I, cap. 12. Relacion de lo sucedido en Madrid, etc. Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

(3) Entre los muchos libros y documentos, impresos y manuscritos, que hemos consultado, para esta parte de la guerra civil hemos seguido con preferencia los siguientes:—*Las Memorias inéditas de don Melchor de Macanaz*: once volúmenes que comprenden desde la muerte de Carlos II hasta el año 1711. Este ilustradísimo escritor era secretario y ayudante del capitán general de Aragón, conde de San Estéban, y acompañó al rey y al ejército en la expedición á Barcelona, en su retirada, y en todas las campañas siguientes. Este autor reúne á su reconocida ilustracion el haber sido actor ó testigo ocular de todo lo que refiere. Ha tenido la bondad de facilitarnos esta obra, así como otros muchos y muy importantes volúmenes que dejó manuscritos el sabio Macanaz, y que posee hoy su familia (de los cuales iremos haciendo mérito segun vayamos tratando los asuntos á que se refieren), su biznieto don Joaquín Maldonado y Macanaz, jóven aprovechado y laborioso, que ha dado ya algunas muestras de su buen ingenio en escritos que revelan excelentes dotes históricas, y que hacen esperar dará nuevo lustre á la familia y á la memoria de su ilustre progenitor.

La *Historia de las Guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*, del conde de Robres, don Agustín Lopez de Mendoza y Pons, que escribió y dejó reservada para sus sucesores. Este precioso manuscrito, que perteneció al conde de Aranda su pariente, es el original del mismo autor, y no sabemos que exista copia alguna de él. Hoy pertenece á nuestro buen amigo el ilustrado don Próspero de Bofarull, archivero jubilado y cronista de la antigua Corona de Aragón, que también ha tenido la generosidad de facilitarnosle, con otros muchos interesantes manuscritos de su biblioteca particular relativos á la misma época. También el conde de Robres fué testigo de lo que refiere, y es recomendable por su imparcialidad y buen juicio.

*Anals consulars de la ciutat de Barcelona*, tom. II, también manuscrito, y de la propia procedencia.

*Historia política y secreta de la corte de Madrid desde el ingreso del señor don Felipe V en ella hasta la paz*. Un volumen también manuscrito.

De entre los impresos, sabido es entre los hombres de letras hasta qué punto son recomendables los *Comentarios de la Guerra de España del marqués de San Felipe*, que comprenden desde el principio del reinado de Felipe V hasta la paz general de 1725, por la abundancia y exactitud de sus noticias, á pesar de sus defectos de estilo.

La *Historia civil de España del P. Fr. Nicolás de Jesus Belandó*, que abrazaba desde el año 1700 hasta el 1733, y se imprimió antes de la muerte del rey don Felipe V.